

FRANCIS BACON Y LA CALUMNIA DE AMÉRICA

DAMIÁN PACHÓN SOTO*

RESUMEN

En el presente ensayo se muestra que la utopía de Francis Bacon, conocida como la Nueva Atlántida, es una consecuencia del Descubrimiento de América y de la influencia que este tuvo en la cosmovisión europea. El autor argumenta que Bacon es un precursor de la llamada “calumnia de América” que a partir del siglo XVIII se hizo popular en Europa y es la responsable de crear, entre otras cosas, el sentido de inferioridad del continente americano frente al Viejo Mundo.

Palabras clave

Bacon, Utopía, Descubrimiento de América, Sistema mundo, Inferioridad.

ABSTRACT

I show in this paper that the Francis Bacon’s utopia, known like The New Atlantis, is a consequence of The discovery of America and the influence that it had about European worldview. I argue that Francis Bacon is a precursor of the called “calumny of America” what from XVIII century made popular in Europe, and it is the responsible to create, among other things, of the sense of inferiority of America in front Old World.

Keywords

Bacon, Utopia, Discovery of America, System-world, Inferiority.

Recibido: 25 de septiembre de 2014

Aceptado: 28 de noviembre de 2014

* Autor de 13 libros, entre ellos, *La civilización unidimensional. Actualidad del pensamiento* de Herbert Marcuse (2008), *Ensayos de Filosofía del Derecho* (2008), *La concepción de Hispanoamérica en Rafael Gutiérrez Girardot* (2010), *La filosofía y las entrañas. El pensar viviente* de María Zambrano (2011), *Estudios sobre el pensamiento colombiano*, Vol., 1 (2011), *Preludios filosóficos a otro mundo posible* (2013). Grupo de Investigación en Pensamiento Filosófico en Colombia y en América Latina Fray Bartolomé de las Casas. Universidad Santo Tomás. damiapachon@hotmail.com

“The great Atlantis, that you call America”.

Francis Bacon

Presentación

El objetivo del presente ensayo es mostrar cómo una de las utopías del Renacimiento, la *Nueva Atlántida* de Francis Bacon, se convirtió en uno de los antecedentes directos de la “disputa del Nuevo Mundo” que se dio en Europa durante el siglo XVIII, la cual crea una verdadera “calumnia de América”, para usar la expresión de Edmundo O’Gorman. Se sostiene que esa “calumnia” crea un profundo proceso de inferiorización en el latinoamericano o lo que Fernando González llamó el “complejo de hijo de puta” (1973, p. 111).

Para desarrollar la temática expuesta se dividirá el escrito en tres partes. En la primera, se alude a las consecuencias que trajo el Descubrimiento para el Viejo Mundo y se sitúa la aparición de las utopías dentro de esas consecuencias. Se afirma, en esta parte, que las utopías de Moro, Campanella y Bacon están inspiradas en los hechos acaecidos a partir de 1492. En la segunda parte, se muestran las alusiones que hizo Bacon sobre América en la *Nueva Atlántida* y en la tercera se pone en contexto estas alusiones con la mencionada “disputa del Nuevo Mundo”.

1. El Descubrimiento de América y la utopía de Francis Bacon

En su libro *Filosofía de la conquista*,

Silvio Zabala sostiene: “En su *Historia de las Indias* escribía Gómara que el mayor hecho después de la creación del mundo, con la excepción de la encarnación y muerte del que lo creó, era el descubrimiento de estas partes” (1977, p. 17). Similarmente pensó luego Adam Smith que entendía el significado del Descubrimiento de América para Europa y el capitalismo. Por lo demás, hay que decir que sería imposible aquí hacer una amplia referencia a las consecuencias que tuvo el descubrimiento para el Viejo Mundo. Basta con mencionar tres.

En primer lugar a partir de 1492 se formó lo que el sociólogo norteamericano Immanuel Wallerstein llamó ‘the modern system world’, esto es “el moderno sistema-mundo”, el cual permitió conectar por primera vez el globo, mostró su verdadera dimensión y tamaño. Eso se logró con los descubrimientos de Colón, de Pedro Álvarez Cabral en Brasil, de Vasco de Gama y sus incursiones en África, de Magallanes y Juan Sebastián Elcano en 1521 cuando dan, por primera vez, la vuelta al mundo. Estas exploraciones permitieron conectar el globo de Norte a Sur y de Oriente a Occidente. Desde entonces, *Europa se desprovincializó*, por decirlo así. Dice Wallerstein: “El resultado fue la creación de un nuevo sistema de desigualdad, economía-mundo capitalista, con América como una de sus principales zonas periféricas” (1992, p. 209).

Wallerstein pone de presente algo que

ya Marx había anotado en el primer tomo de *El capital*, a saber, que el Descubrimiento de América ayudó a la formación del capitalismo mundial, a la conversión del capital en capitalismo. Para Marx, en efecto, de capitalismo solo puede hablarse a partir del siglo XVI. Y en ese proceso América (no solo ella) fue fundamental, pues contribuyó a la “acumulación originaria” del capital, sin la cual este no se hubiera centralizado en Inglaterra. Dice Marx:

El descubrimiento de los yacimientos de oro y plata de América, la cruzada de exterminio, esclavización y sepultamiento en las minas de la población aborigen, el comienzo de la conquista y el saqueo de las Indias Orientales, la conversión del continente africano en cazadero de esclavos negros: son todos hechos que señalan los albores de la era de producción capitalista. Estos procesos idílicos representan otros tantos factores fundamentales en el movimiento de la *acumulación originaria* (1975, I, p. 638).

Pero las consecuencias no fueron solo económicas. Por eso es preciso aludir a una *segunda consecuencia*. Con la desprovincialización del Viejo Mundo lo que sucede es *un estremecimiento en la forma como ese mundo se auto-comprende*. Europa, en efecto, se sacude, pues la manera como ha entendido el mundo, a pesar de viejas premoniciones sobre la existencia de

tierras desconocidas, cambia. El descubrimiento no solo muestra otros seres, otra naturaleza, sino que produce eruditas (y a veces hasta disparatadas) discusiones teológicas. Europa ya no puede explicar todo como lo hacía antes: empezando por la *creación* misma, pues llegó a pensarse en varias y sucesivas creaciones para poder explicar la existencia de América.

El descubrimiento del otro lleva a la discusión sobre la humanidad de los mismos, que fue aceptada en 1537 por Paulo III, y por la cual luchó casi toda su vida Fray Bartolomé de las Casas. Una vez reconocido ese estatus (lo cual era necesario pues no se podía evangelizar a bestias), se discute sobre las capacidades racionales de estos hombres y sobre el problema de la esclavitud natural y la legitimidad de esa conquista. Nacen problemas como el de la guerra justa. Estas discusiones sobre la humanidad del otro produjo interesantes doctrinas entre los teólogos españoles, las cuales dieron origen, entre otras cosas, a los gérmenes del Derecho Internacional con Vitoria y a los primeros pivotes de los derechos humanos, tal como ha señalado entre nosotros Enrique Dussel al referirse a De las Casas como el primer crítico interno de la modernidad (2007, pp. 199 ss) y el ya citado Silvio Zabala.

Con América cambia la visión del *Orbisterrarum*, de la visión tripartita del mundo expuesta en el Génesis 6:19. Aparece una cuarta parte del mundo,

que es llenada, inventada, con la cosmovisión europea, esto es, una cuarta parte que es encubierta tal como lo ha mostrado ampliamente Leopoldo Zea (1986, pp. 19-31). También ha dicho Edmundo O’Gorman en su fundamental *La invención de América*:

América, en efecto, fue inventada bajo la especie física de continente y bajo la especie histórica de Nuevo Mundo. Surgió, pues, como un ente físico dado, ya hecho e inalterable, y como un ente moral dotado de la posibilidad de realizarse en el orden del ser histórico (2002, p. 152).

Pero ese proceso de invención no fue sencillo. Surgieron preguntas teológicas como ¿en qué día había creado Dios a América? ¿En un octavo día? Y dado que la naturaleza (flora, fauna, geografía) del Nuevo Mundo no correspondía en gran parte, o no era igual, a la europea, ¿cómo había surgido? Antonello Gerbi, el italiano que residió en Perú y uno de los grandes conocedores de estos debates, trae la siguiente historia en su libro *La disputa del Nuevo Mundo. Historia de una polémica 1750-1900*:

Pero un siglo apenas después del descubrimiento, el padre [José de] Acosta, uno de los autores más conocidos de toda Europa, sabía perfectamente bien que la fauna de las Indias es muy distinta de la del Viejo Mundo, y se pregunta, angustiado, si había que pensar

que Dios continuó la creación después de los seis días del Génesis, y cómo pudieron entrar esos animales en el Arca de Noé, puesto que, si no entraron en ella, ‘no hay para qué recurrir al Arca de Noé’, y si sí entraron, ¿cómo es que, cuando salieron las demás bestias, no se quedó en el Viejo Mundo ni un solo ejemplar de los animales americanos? El padre Acosta se enreda en interrogaciones que lo han tenido perplejo por mucho tiempo (Gerbi, 1993, p. 727).

Esta es solo una muestra de la magnitud del estremecimiento de la cosmovisión teológica europea.

Pero, ¿qué tiene que ver todo esto con Francis Bacon, el canciller inglés, el “padre de la filosofía experimental” según Voltaire (1993, p. 61), el mismo que tanto contribuyó a la formación de la modernidad y del *mundo técnico-científico* (lo que llamo “la era baconiana”) en el que aún hoy estamos, vivimos? La respuesta es sencilla. Un *tercer elemento* que trajo el Descubrimiento de América fue la aparición de las escatologías y de las utopías. Es en estas últimas donde encaja Bacon. En efecto, América apareció frente a Europa de varias maneras. Fue vista como un premio dado por Dios a España por su lucha contra los seguidores de Lutero; el mismo Colón, en su tercer viaje, creyó hallar el Paraíso en el Orinoco; otros vieron a América como el advenimiento del Reino del Espíritu Santo. Por su parte, las ór-

denes franciscanas se admiraron de la pobreza y la simplicidad de la vida de los indígenas y creyeron encontrar aquí el verdadero cristianismo; Vasco de Quiroga pensaba que el Nuevo Mundo era la “Edad de Oro” o el Edén. Resaltemos también que el gran intelectual chileno Mario Góngora –uno de los teóricos, junto con Antonio García, Rafael Gutiérrez Girardot, Gilberto Freyre, para solo mencionar algunos, de la “constitución social aristocrática” de América Latina– nos trae en su documentado ensayo “El Nuevo Mundo en algunas escatologías y utopías de los siglos XVI a XVIII” el siguiente dato: “Hernán Cortés sería comparado por Jerónimo de Mendieta a Moisés, como el conquistador que abrió a los misioneros la puerta hacia la nueva cristiandad” (2003, p. 33). Pero si esto sucedía en las escatologías, donde América y sus habitantes llegaron a representar una alternativa frente a la corrupción moral de Europa, algo similar empezó a suceder en visiones más racionalistas de la época: *el surgimiento de las utopías*. La primera de ellas fue la de Tomás Moro, publicada en 1516, cuyo título era: *Libro Del estado ideal de una república en la nueva isla de Utopia*. Nos dice Mario Góngora en el ensayo citado:

Se sabe positivamente que el padre de las utopías modernas, Thomas Morus, conoció *Mundus Novus* de Vesputio, y es de toda probabilidad que la descripción haya influido en su obra. En todo caso, su libro repercutió en

Nueva España. El obispo Zumárraga poseía un ejemplar, y el oidor Vasco de Quiroga, después obispo de Michoacán, declara que la ‘utopía’ fue un dechado de donde sacó su famoso *Parecer* en derecho, de 1535 (2003, pp. 60-61).

En el estudio preliminar a las *Utopías del Renacimiento* al español, del Fondo de Cultura Económica, Eugenio Imáz, en un ensayo titulado “Topía y Utopía”, nos dice: “Vasco de Quiroga escribió al Real Consejo de Indias un parecer, que no obtuvo respuesta en el que proponía el régimen de Utopía como el modelo para reorganizar todas las Américas, que ya estaban siendo incorporadas al cristianismo” (Imáz, 1994, p. 24).

Dejando de lado la *Ciudad del Sol* de Campanella, que según Mario Góngora también fue relacionada con América, es necesario detenernos en Francis Bacon y su *Nueva Atlántida*. Frente a estas utopías, a diferencia de las escatologías, nos dice Góngora: “El tema de la Atlántida tiene una mayor relación con las utopías que el del salvajismo inocente, ya que *ellas son proyectos racionalistas de organizaciones ideales*, y el *Critias platónico representaba una sociedad altamente civilizada*”. Y es, podríamos decir, una “sociedad altamente civilizada” porque es una “utopía científico-técnica” (Góngora, 2003, pp. 57-58).

Ahora, sin entrar en detalles en el contenido de la *Nueva Atlántida* como

tal, interesa para este ensayo poner de presente que esta utopía está directamente relacionada con los sucesos posteriores a 1492. Así lo expone un autor tan serio como Copleston en su *Historia de la filosofía* (2004, II, p. III-230). Bacon, tal como Descartes, pertenece también a los albores del siglo XVII. Este siglo recoge el legado del Renacimiento, ha recibido de él el individualismo, el antropocentrismo, y el poder correlativo del hombre en la transformación del mundo. Todo se funda en el hombre y en su razón. En Bacon, aparecen varias expresiones que reflejan ese mundo nuevo, ese nuevo orbe, esa nueva humanidad. La expresión *Nueva Atlántida* (que en sus escritos relaciona también con América), el título de su libro más famoso *Novum Organum*, y su proyecto más ambicioso al cual pertenece el anterior: *Instauratio Magna*, reflejan el poder de la inmanencia, para decirlo con Antonio Negri; el nuevo poder del hombre que hace su historia, implican la naturalización de la vida y el deseo del siglo XVII de dominar la naturaleza, pues solo dominándola el hombre es libre, obedece a ella, solo descubriendo sus secretos conoceremos más a Dios, como decía Galileo. Lo que desea Bacon es *reformular* el conocimiento, elevar las prenociones a las nociones del conocimiento científico, para así convertir el *saber en poder humano* (Bacon, 1984, *Works*; Tomo VIII).

Es a partir de las anteriores premisas como Bacon llega a la experimenta-

ción como base del conocimiento, a la vez que refuerza filosóficamente los pivotes del empirismo inglés y del pragmatismo, pues son mejores las cosas útiles que los libros. Pero esa reforma del conocimiento no es en Bacon un fin en sí mismo... tiene un fin más elevado: el progreso humano, la creación de un nuevo orden social donde el hombre lleva una vida más ligera debido a los beneficios que le permite la ciencia y la técnica. Por eso, la de Bacon es una utopía donde a la imagen de lo *Nuevo* que le arroja el Descubrimiento de América, se le suma el entusiasmo por la ciencia y los instrumentos útiles que para él significaron la brújula, el imán y la pólvora, tal como lo muestra Farrington en su libro *Francis Bacon, filósofo de la Revolución Industrial* (1971, pp. 17-18). Por eso la *Instauratio Magna* es la “gran restauración”, el propósito de restaurar el saber y el poder que según Bacon, tenía el hombre en el paraíso, antes del pecado original (Granada, 2011, p. X). Por eso se sostiene la tesis de que Francis Bacon es más un filósofo social que un filósofo o científico. Según el autor, por eso estamos aún dentro de “la era baconiana” (y en esto seguimos siendo modernos a despecho de los posmodernos que creen superar la época histórica nacida desde los siglos XVI o XVIII) porque fue Bacon el que propuso la tesis según la cual el progreso social depende y se deriva como efecto necesariamente del progreso científico (Cf. White, 2006, pp. 350- 367), mentalidad reinante hoy y que fo-

mentó la idea de que “el intelecto que vence a la superstición *debe dominar sobre la naturaleza desencantada*”, tal como sostienen Max Horkheimer y Theodor Adorno en *Dialéctica de la Ilustración* (2009, p. 60). Ese dominio sobre la naturaleza desencantada, ese deseo, esa muestra de poder es típicamente heredera de los inventos en navegación y los grandes descubrimientos geográficos del siglo XVI.

2. América en la Nueva Atlántida

Con el Descubrimiento de América, y a partir de la imagen que legaron al Viejo Mundo los cronistas, empieza a difundirse preponderantemente dos visiones (no las únicas): la de la América paradisiaca, la de los aborígenes mansos, pacíficos, sencillos, desnudos, naturales, simples, la del buen salvaje, etc., que tanto impresionó a Rousseau y, por otro lado, la del bestial, incivilizado e inmoral. A las viejas categorías de bárbaro, pagano, infiel, gentil, se sumó, desde el siglo XVI la del salvaje; posteriormente a esta lista habría que agregar las categorías de incivilizado y pre-moderno (siglo XVIII) y, para acoger la sugerencia de Arturo Escobar, ya en el siglo XX, la de *subdesarrollado* (Cf. 2012, p. 32, nota 17). Pero los cronistas no fueron los únicos. Los pensadores europeos se deleitaron con las descripciones del Nuevo Mundo exótico y periférico y desde diferentes perspectivas hicieron alusiones a estas tierras, su naturaleza, geografía y a sus habitantes. Esas alusiones –benévolas algunas y degradantes y difamatorias las otras– se

prolongaron desde el siglo XV hasta el siglo XX. La segunda visión, la visión negativa, dio origen a lo que el ya citado Edmundo O’Gorman llamó “la calumnia de América” en su libro *Fundamentos de la historia de América* de 1942. Precisamente lo que se sustenta aquí es que la *Nueva Atlántida* de Bacon, en sus alusiones al Nuevo Mundo, se constituye en un claro antecedente de esa “calumnia”, la cual tuvo su apogeo –como ya se dijo– en el siglo XVIII Ilustrado. Veamos, entonces, las alusiones de Bacon al Nuevo Mundo.

En la *Nueva Atlántida*, escrita en 1626, después de hacer algunas referencias a México y a Perú, sostiene el canciller inglés (cito *in extenso*):

Pero no mucho después de éstas ambiciosas empresas, sobrevino *la venganza divina*, pues en el término de un centenar de años la gran Atlántida quedó totalmente perdida y destruida, y no por un gran terremoto [...], sino por un extraordinario diluvio o inundación, pues *estos países tenían por aquél entonces los más grandes ríos y montañas del mundo*, aunque es lo cierto que la inundación en sí no fue profunda, pues en la mayoría de los lugares no pasó de cuarenta pies, y aunque en general destruyó hombres y bestias, unos cuantos salvajes, habitantes de los montes, lograron escapar. Los pájaros se salvaron volando a la copa de árboles altos y a las mon-

tañas. En cuanto a los hombres, si bien en muchos lugares tenían edificios que no llegó a cubrir el agua, como esta inundación, aunque superficial, duró largo tiempo, los del valle que no se ahogaron perecieron por falta de comida y otras cosas necesarias. Así *que no hay que maravillarse de la escasa población de América, ni de la rudeza e ignorancia del pueblo, pues hay que considerar a los habitantes de América como un pueblo joven, por lo menos mil años más joven que el resto del mundo, ya que tanto ha sido el tiempo transcurrido entre el Diluvio Universal y esta inundación*. Pues el resto de semilla humana que quedó en las montañas, pobló el país otra vez lentamente, y como *eran gentes simples y salvajes* [no como Noé y sus hijos que pertenecían a la familia más principal de la tierra], *no pudieron dejar a la posteridad escrituras, obras de arte, ni ningún indicio de civilización*. Además, como por razón del frío extremo de aquellas regiones se habían acostumbrado a sus montañas viviendas a vestirse con pieles de tigres, osos grandes y cabras peludas que tenían por aquellas partes; cuando después bajaron al valle y se encontraron con el calor intolerable que allí hacía, *ignorando los medios para proporcionarse vestiduras ligeras* se vieron obligados a implantarse la costumbre, que todavía continúa hoy, de ir desnudos. Lo único que les fascinaba y

enorgullecía eran las plumas de las aves, y aun estos les venía también de sus antecesores montañeses a los que siempre atrajo el vuelo infinito de los pájaros que se remontaban a las tierras altas, mientras abajo se deslizaban las aguas. Así que aquí tenéis cómo, a causa de este gran accidente del tiempo, perdimos nuestro tráfico con las Américas, con las cuales por estar relativamente más cercanas manteníamos la mayor parte de nuestro comercio (Bacon, 1994, pp. 249-250, todos los resaltados son míos, D.P.).

Francis Bacon aquí menciona varios aspectos que serán tópicos en la “disputa del Nuevo Mundo” en su época y los siglos XVIII y subsiguientes. Una de ellas, la existencia de varios diluvios. Antonello Gerbi –que ha estudiado estos temas con una extrema minuciosidad, en el libro mencionado con citas en todas las lenguas y miles de fuentes y referencias– sostiene que

la hipótesis de un diluvio, o mejor dicho de un medio diluvio, *solo americano*, ya había sido propuesta por sir Francis Bacon [...] y no en una, sino en dos de sus obras más conocidas, la *Nueva Atlántida* y el último de los *Ensayos civiles y morales* (Gerbi, 1993, p. 77).

Lo importante de la tesis de un diluvio americano (o inundación como la llama Bacon en el texto citado) es que a partir de él se pueden ofrecer otras

explicaciones que remiten a los tópicos de la “calumnia de América” que se dio en esos siglos en Europa. *En primer lugar*, a la juventud del continente americano frente a Europa. Esa juventud se daba en términos geográficos, de la naturaleza y, por supuesto, de los habitantes. Tratándose de la geografía, la juventud explicaba nuestra mayor humedad, la falta de sequedad de estas tierras y la abundancia de bichos molestos. *En segundo lugar*, según veremos con Buffon, también explicaría el menor tamaño de ciertas especies entre nosotros. Y, *en tercer lugar*, tratándose de la civilización, la juventud de América fue convertida en *inmadurez*, infantilismo, esto es, incivilización o salvajismo, bestialidad.

Con el diluvio también se puede explicar la falta de población en América. Sabemos que la poca población del continente se debió a las matanzas, a la explotación y a las enfermedades para las cuales los indígenas no tenían defensas, sin embargo, Bacon explica la poca población acudiendo al diluvio. *En resumen*, la inundación no solo explica, de una manera caricaturesca por qué los indígenas andan desnudos, con tapa-rabos y plumas (la visión exótica que Hollywood y los europeos tienen de este mundo), sino la juventud, la falta de civilización (pues “*no pudieron dejar a la posteridad escrituras, obras de arte, ni ningún indicio de civilización*”), a la vez que alude a la agreste geografía y los inmensos ríos de América. Una Amé-

rica que para el canciller, en una época, tuvo relaciones comerciales con su isla en el pacífico, gobernada por hombres de ciencia que querían: “el conocimiento de las causas y secretas nociones de las cosas”, así como “el engrandecimiento de los límites de la mente humana para la realización de todas las cosas posibles” (Bacon, 1994, p. 263).

Francis Bacon fue uno de los precursores –un pro-Ilustrado podríamos decir– de la disputa del Nuevo Mundo del siglo XVIII y siguientes; el mismo profeta que vaticinó el mundo de la tecno-genética –y otros sueños aún no realizados– que se nos viene encima, tal como aparece en su escrito *Magnalia Naturae* cuando se refirió a los proyectos de la ciencia:

El prolongamiento de la vida, la restitución de la juventud en cierta medida. El retardamiento de la vejez. La curación de las enfermedades tenidas como incurables. La mitigación del dolor. Modos de purgarse menos desagradables. La mayor resistencia al dolor y a la tortura. *La alteración de la complexión física, de la gordura blanda y de la delgadez. La modificación de la estatura. La modificación de los rasgos fisionómicos.* El acrecentamiento y la exaltación de las capacidades intelectuales. La transformación de los cuerpos en nuevos cuerpos. La creación de especies nuevas. El trasplante entre diferentes especies. [...]

Instrumentos de destrucción bélica. Producción de la risa y de estados de ánimo alegres. Fuerza de la imaginación actuante sobre otro cuerpo y sobre el propio. Aceleración del tiempo de la maduración. Extracción de alimentos de sustancias no consideradas alimenticias. Producción de nuevos hilados para tejidos y de nuevos materiales para fabricar papel, vidrio, etc. Adivinación por medios naturales. Ilusiones de los sentidos. Mayor placer para los sentidos. Minerales y cementos artificiales (Citado en Zambrano, 2004, p. 129).

3. Bacon y La disputa del Nuevo Mundo en el siglo XVIII

Frente a las reacciones causadas por las afirmaciones de Hegel sobre América en su libro *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal* (1974, pp. 169-177), según las cuales América es inferior, sus habitantes sucumben ante civilizaciones más fuertes, donde América está por fuera de la historia universal –como si el espíritu en su marcha hacia la libertad no hubiera pasado por estas tierras–, y tras el comentario que sobre Hegel hizo en España Ortega y Gasset en su artículo “Hegel y América” de 1924, Antonello Gerbi recuerda que Hegel no es el inventor de la tesis de la inferioridad de América, sino que “La tesis de la “debilidad” o “inmadurez” del continente americano [...] nace con Buffon a mediados del siglo XVIII” (1993, p. 7). Detangámonos, pues,

en Buffon, quien junto con De Paw y William Robertson fueron los mayores exponentes de una interpretación maniquea de América, para mostrar someramente cómo ya en Bacon aparecen algunos rasgos de esa calumnia.

Buffon (1707-1788), naturalista, botánico, matemático, biólogo, cosmólogo y escritor francés, cuyo nombre fue Georges-Lois Lecler, afirmó en su monumental obra *Historia natural, general y particular (Histoire naturelle, générale et particulière)* (1749-1788), que las especies de América eran inferiores a las del Viejo Mundo. Para él, el león del Viejo Mundo era el puma de América, lo mismo que el elefante fue comparado con el tapir amazónico. Sustentó sus afirmaciones en hechos que tienen un sustento real, es decir verídicos, empíricos, pues era fácil, verbigracia, ver un puma en América, pero que en realidad no lo autorizaban a sacar sus conclusiones. Por ejemplo, es cierto que en América no había rinocerontes, hipopótamos, camellos, dromedarios, jirafas; pero esta comprobación lo llevó a reafirmar su tesis de que los animales grandes no existían en América, por lo cual los animales americanos eran en general inferiores y más degenerados.

Buffon afirmó también que las especies traídas de Europa a América se habían achicado (1993, p. 9). Antonello Gerbi resume esto magistralmente diciendo:

Se puede ahora dar un paso adelan-

te en el razonamiento. Los animales indígenas (*sic*) son pocos y de escasa corpulencia. Los animales importados se han achicado o se han hecho menos suculentos (con excepción del cerdo). Así, pues, el ambiente, la naturaleza americana es hostil al desarrollo de los animales.

Estas observaciones son trasladadas al hombre: pocos y débiles los indígenas del Nuevo Mundo no han podido dominar la naturaleza hostil, es decir, como vimos en Bacon, por ejemplo, el americano ignoraba “*los medios para proporcionarse vestiduras ligeras*” cuando bajaron de las montañas, lo cual implica no poder someter la naturaleza. Los americanos, para Buffon, no han sabido vencer y sojuzgar las fuerzas vírgenes y enderezarlas a su propia utilidad. En lugar de hacer algo por el desarrollo de las especies animales y el mejoramiento de las razas domésticas, el hombre mismo ha permanecido sujeto al “control” de la naturaleza, ha seguido siendo un elemento pasivo de ella, un animal de tantos –apenas *primus inter pares*–” (1993, pp. 10-11).

Pero el asunto no para ahí. Pues Buffon, de acuerdo con el exhaustivo análisis de Gerbi, también afirmó que en ninguna parte del globo son tan grandes los insectos como en América. Esto está dicho negativamente, pues Buffon pensaba que gracias al aspecto pantanoso del paisaje y la gran humedad en América prolifera-

ban muchos insectos y bichos dañinos. En estas tierras el hombre es más cercano a los animales de sangre fría, el hombre carece de amor (Bacon se refirió a este asunto con la expresión “casi impotentes”) y no domina la naturaleza. Buffon estableció una relación entre el agua, la humedad y la generación de los nocivos insectos, las plagas y los reptiles. Como dice Gerbi:

Seguía de ese modo bajo la sugestión de que ciertas formas inferiores de vida nacían de la humedad y de la podredumbre. Lo podrido, lo empantanado y lo recién nacido debían ser, para él, aspectos conexos de una sola realidad, lo cual nos ayuda a entender por qué su pensamiento acerca de la naturaleza americana oscilaba entre la inmadurez y la decadencia, entre un mundo embrionario y un mundo en putrefacción (1993, p. 14).

Es decir, Buffon creía en la generación espontánea, lo cual fue desmentido por Pasteur. También creía que de las ciénagas, los pantanos y el agua surgían los sapos. Dice Gerbi: “América, húmeda, madre prolífica de diminutos y malvados animalejos, estéril de magnánimas fieras, debía de presentar a los ojos de Buffon todos los estigmas de una repugnante debilidad orgánica” (1993, p. 16). Esa debilidad orgánica se puede explicar, siguiendo la tesis de Bacon, debido a la juventud geológica de América, a la inmadurez de la tierra.

Todo esto en Buffon empataba con algunas tesis sustentadas en Europa según las cuales los animales pequeños se reproducían más rápido y fácilmente que los grandes, entre ellos, Humboldt y Malthus que hablaron de la prolijidad de los seres pequeños, sin que ellos, en especial Humboldt, dijera que América era inferior, pues como muestra Gerbi más adelante en su libro, Humboldt habló de lo diferente que era América y negó su inferioridad natural. Por otro lado, el mismo Hegel, heredero de Buffon, se opuso a la tesis que hablaba de animales nacidos del agua. Si bien esa tesis tenía antecedentes en la teología, pues, por ejemplo, Agustín pensaba eso de las ranas (1993, pp. 15, 19: “La Biblia nos enseña desde las primeras líneas que Dios creó el agua antes que la tierra y los animales y plantas”). Ocluyendo dice Gerbi: “La humedad del nuevo mundo tenía que predisponerlo, cuando no predestinarlo, a un infinito pulular de insectos, ofidios y batracios” (1993, p. 20).

Para Buffon América pertenece a la prehistoria, pues es un continente que salió más tarde de debajo de las aguas y en el cual el hombre aún no domina el mundo físico (1993, pp. 20-21). Recordemos que para Bacon América se inundó mil años después y por eso también había salido después del agua. Podemos decir que para Bacon, América en lo geológico, natural y civilizatorio es más joven que Europa, pero —se concluye— también su escaso desarrollo civilizatorio, al ser más

primitivo, la hacen aparecer como el pasado del Viejo Mundo; América estaba, pues, en un estado anterior de civilización que la misma Europa ya superó con su modernidad. De ahí la tesis de la “falacia desarrollista” denunciada entre nosotros por Enrique Dussel, según la cual estos pueblos deben alcanzar la madurez de Europa, una falacia que ha impuesto a lo largo de nuestra historia un progreso y un desarrollo por la fuerza, que han costado muchas víctimas.

La tesis de la inferioridad de las especies de América la sustenta Buffon basándose en un presupuesto tácito: “Lo grande es mejor que lo chico, de que las bestias más corpulentas son superiores a las menos corpulentas, de que la fuerza física es atributo de las especies más perfectas”. Como lo evidencia Gerbi, esto es insostenible, pues qué diría Buffon hoy de las especies más grandes que desaparecieron porque no se pudieron adaptar, por ejemplo, los dinosaurios. Por otro lado, no es posible desechar el papel de los animales pequeños en la naturaleza y la perfección de los insectos que incluso ya se ponía de presente en aquella época.

También hay que decir que en las teorías de Buffon se llegó a suponer que los dos continentes se habían separado y que el hombre no se había podido adaptar bien al nuevo suelo. Y si bien el hombre es distinto de los animales, este tuvo el mismo destino al ser puesto en otro escenario (1993,

pp. 38-39). También Buffon fue consciente de que los “nombres habían confundido las cosas”, es decir, que animales que aparentemente eran semejantes terminaban asimilándose totalmente, sin hacer énfasis en las diferencias, al llamar, por ejemplo, alpaca al camello.

Buffon admiró a Montesquieu, quien sostenía tesis deterministas sobre la causalidad entre clima y leyes e instituciones políticas, pero que él no introdujo dentro de esa causalidad al hombre. Por lo demás, estas discusiones (la de animales inferiores) cuestionaban en cierta medida la perfección de la naturaleza hecha por Dios. Pero esta no era la única discusión: el concepto de especie introducido por estos debates también arrojaba una pregunta interesante, pues si el paso de una especie de un continente a otro la degenera, esto quiere decir que sí varían, con lo cual se adelantaba a las tesis que: “...hablan de una degeneración de las especies, de un posible debilitamiento de éstas en circunstancias ambientales adversas” (1993, p. 44). Pero además, el problema serio consistía ahora, para la ciencia natural, en determinar qué hacía que un animal perteneciera o no a una misma especie, es decir, cuánta diferencia o cuánta similitud se necesitaba para que fuera de un tipo o de otro.

Buffon aportó a la “Geografía zoológica”, pero sus estudios tienen, al menos dos limitaciones: la primera: el eurocentrismo. Sostiene Gerbi:

En Buffon mismo se advierte esa instintiva predilección por el Viejo Mundo y por su núcleo y sostén, Europa: hay en él, a pesar de que admira lleno de pasmo a los grandes carnívoros, un instintivo orgullo de europeo, acostumbrado a observar con curiosidad, sí, pero también con un leve aire de protección, las extrañas creaturas de otros climas. Juzgar inmadura o degenerada la fauna americana equivalía a proclamar madura y perfecta la del Viejo Mundo, apta para servir de canon y punto de referencia a cualquier otra fauna, de cualquier rincón del globo.

De aquí se deriva algo que es necesario recalcar: la calumnia de América que origina estas disputas por el Nuevo Mundo, a las que contribuyeron los cronistas, Bacon y los Ilustrados, se pusieron a favor del mencionado eurocentrismo, el cual se formuló, según Enrique Dussel, a finales del siglo XVIII, es decir, en plena Ilustración. Por eso dice Gerbi que:

No es simple casualidad que esto haya ocurrido en los momentos mismos en que la idea de Europa se está haciendo más plena, más concreta y orgullosa, no carece de significado el hecho de que, así como la Europa civilizada y política se definía entonces en oposición al Asia y al África, la Europa física se haya hecho solidaria de los otros continentes del Viejo Mundo y, con gesto impávido, se haya en-

frentado al mundo americano. Así como los filósofos y los escritores reivindicaban para Europa la primacía de las artes civilizadas y el origen de los inventos técnicos y de los organismo sociales superiores, y justamente desde el descubrimiento de América hacían datar el principio de su nueva y nunca antes vista potencia y riqueza, así Buffon sentencia que todos los animales, sin género de duda, fueron creados en el Viejo Mundo, del cual emigraron al Nuevo, donde habían de degenerar casi siempre” (1993, pp. 42-43; resaltados míos, D.P.).

La segunda limitación que pone de presente Gerbi es que tal vez la teoría de Buffon solo provenga de su megalomanía y de su miopía:

La predilección de Buffon por los animales grandes tiene tal vez como origen, e indudablemente como componente psicológico, su propia prestancia física personal. Buffon era corpulento y fuerte, y estaba orgulloso de serlo. Su apariencia y su estatura, en opinión de Hume, eran más las de un mariscal de Francia que las de un hombre de ciencia.

Asimismo: Su desprecio por los bichejos pequeñísimos estaba reforzado por otra de sus cualidades fisiológicas: precisamente la miopía, una miopía que ni siquiera le permitía usar el microscopio, y

por una cualidad psíquica, asimismo negativa, que era su escasísima paciencia para meterse en detalles y minucias (1993, p. 26).

En gran parte de las discusiones posteriores —especialmente en De Pawno se tuvo ningún problema en afirmar abiertamente la inferioridad del hombre americano, que provenía de la inmadurez natural de América. Los propios criollos nuestros tuvieron que defenderse ante esta “calumnia de América”, la cual era usada por los españoles para sustentar la necesidad del tutelaje que los habitantes de este continente necesitaban. Los españoles, siguiendo en parte la tesis de Buffon, sostenían que el hombre criollo por el solo hecho de nacer en estas tierras era “degenerado” o “inferior” por lo cual la Independencia no se podía permitir. Sobre todos estos aspectos podemos encontrar grandes referencias en el libro citado de Antonello Gerbi.

A modo de conclusión

Las llamadas “utopías del Renacimiento” no se pueden concebir en realidad sin el Descubrimiento de 1492. Este estremeció la cosmovisión que Europa tenía de sí misma y del mundo, originando interesantes y peculiares discusiones en torno a la naturaleza y también de carácter teológico. En este panorama se inscribe el proyecto de Bacon, tanto en el plano científico como el utópico, además de ser escatológico. En este sentido,

la *Nueva Atlántida*, su libro póstumo, es influido por las discusiones y las noticias que se tenían de América. De ahí que sus aseveraciones sobre este continente, aún desconocido en la Europa de la época, contiene una buena cantidad de afirmaciones que alimentaron la visión exótica que el Viejo Mundo se hizo del Nuevo. Esas aseveraciones basadas en el desconocimiento o en meras especulaciones alimentaron las pintorescas visiones sobre nuestro mundo que proliferaron en el siglo XVII llamadas por Gerbi la “Disputa del Nuevo Mundo” (como las de Buffon, Kant o Hegel) y fomentaron el complejo de inferioridad del latinoamericano y, el correlativo, de superioridad del europeo. Un problema que está en la base, por ejemplo, del colonialismo intelectual y de la subalternidad y dependencia de Nuestra América.

Referencias

- Bacon (1857-1874). *The Works of Francis Bacon*. editadas por R. L. Ellis, J. Spedding & D. D. Heath, Londres, Cambridge.
- Bacon (1984). *Novum Organum*. Madrid: Sarpe.
- Bacon, F. (1994). “Nueva Atlántida”. En *Utopías del Renacimiento*. Bogotá: Fondo de Cultura Económica.
- Copleston (2004). *Historia de la filosofía*. Tomo II. Barcelona: Ariel.
- Dussel, E. (2007). *Política de la liberación. Historia mundial y crítica*. Madrid: Trotta.
- Escobar, A. (2012). *Una minga para el postdesarrollo. Lugar, medio ambiente y movimientos sociales en las transformaciones globales*. Bogotá: Ediciones Desde Abajo.
- Farrington, B. (1971). *Francis Bacon, filósofo de la Revolución Industrial*. Madrid: Editorial Ayuso.
- Gerbi, A. (1993). *La disputa del Nuevo Mundo. Historia de una polémica 1750-1900*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Góngora, M. (2003). “El Nuevo Mundo en algunas escatologías y utopías de los siglos XVI a XVIII”. En *Historia de las ideas en América española y otros ensayos*, Compilación, prólogo y notas de Oscar Julián Guerrero. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.
- González, F. (1973). *Los negroides*. Medellín: Bedout.
- Granada, M. (2011). “Introducción”. En *La Gran Restauración (Novum Organum)*, Traducción, Introducción y notas de Miguel A. Granada. Madrid: Tecnos.
- Hegel (1974). *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal*. Madrid: Revista de Occidente.

Horkheimer, M. & Adorno, T. (2009). *Dialéctica de la Ilustración*. Madrid: Trotta.

Imáz, E. (1994). “Topía y utopía”. En *Utopías del Renacimiento*. Bogotá: Fondo de Cultura Económica.

O’Gorman, E. (2002). *La invención de América*. México: Fondo de Cultura Económica.

Voltaire (1993). *Cartas filosóficas*. Madrid: Altaya.

Wallerstein, I. (1992). “Creación del sistema mundial moderno”. En *Un mundo jamás imaginado 1492-1992*. Bogotá: Santillana.

White, B. H. (2006). “Francis Bacon [1561-1626]”. En L. Strayss & J. Cropsey (comp.), *Historia de la filosofía política*. México: Fondo de Cultura Económica.

Zabala, S. (1977). *Filosofía de la conquista*. México: Fondo de Cultura Económica.

Zambrano, M. (2004). *La razón en la sombra*. Madrid: Siruela.

Zea, L. (1986). *América como auto-descubrimiento*. Bogotá: Universidad Central e Instituto Colombiano de Estudios Latinoamericanos y del Caribe.